

Biblioteca Científica Popular

SECCION I

Medicina — Higiene — Biología

HIGIENE BIOLOGICA

por el doctor Demetrio F. Salas.

Verdadera guía de la salud y la longevidad, que ha merecido uníversales elogios de profesionales y profanos.

Fundada en los sanos principios de un naturismo razonado y científico, la obra del doctor Salas tiene un interés y mérito reconocido por técnicos y profanos en la materia.

Numerosas ediciones se han hecho en diversos países de este libro; pero entre todas ellas, la más pulcra, cuidada y perfecta, es la de esta Biblioteca.

PRECIO: DOS PESETAS.

SECCION II

Ciencias físico-químicas y sus aplicaciones industriales

QUIMICA DEL MOTOR

(CARBURANTES Y LUBRICANTES)

por E. Sevilla Richart, ingeniero.

Importante obra de rigurosa actualidad, en la que se trata del magno problema de la producción nacional del petróleo y gasolina, haciendo, además, un detenido estudio de todos los carburantes y lubricantes para motores.

Libro utilísimo y práctico, al alcance de todos

PRECIO: TRES PESETAS :: De venta en todas las librerías

Editorial Guerri Colectivizada. - Valencia

La SEMANA LITERARIA POPULAR

185/9

2/8/44



30
cts

Nº 13

La semana literaria popular

II EPOCA
N.º 13

REVISTA ILUSTRADA — — APARECE LOS SÁBADOS
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
AVENIDA DE JACINTO BENAVENTE, 20. — VALENCIA

5 JUNIO
1937

Precios de suscripción

España..... 3'50 pesetas trimestre.

Extranjero..... 7'00 pesetas trimestre.

Números sueltos:

España, 30 céntimos. Extranjero, 60 céntimos.

Album del Hogar

Labores y Modas

Suplemento ilustrado trimestral de

La Semana Literaria Popular

* * *

Se ha puesto a la venta el primer número correspondiente al mes de Mayo.

Precio del ejemplar: UNA peseta

Los suscriptores directos de **La Semana Literaria** recibirán este suplemento con el 50 % de descuento; es decir, que por cuatro pesetas al trimestre obtendrán ambas publicaciones.



EL SITIO ES TODO

¡Tantos sitios vacíos y tan fiero empujar por un sitio! ¡Tantos puestos vacantes y disputarse los puestos ocupados! Y es que, en esta bendita tierra, sólo caemos en la cuenta de que había un lugar aprovechable cuando le vemos aprovechado.

Así vivimos en continua hostilidad: el que trabaja se siente envuelto en una atmósfera de odios, de insidias, combatido por todos los que, sin trabajo, quisieran ocupar el puesto donde se trabaja.

No se dice: "Yo debiera estar ahí, porque soy tanto como el que está." Se piensa: "Si yo estuviera ahí, sería tanto como él".

No se hacen méritos para lograr el puesto; se pretende el puesto para tener merecimientos.

—¡Qué grandes cosas haría yo, si me nombraran ministro!—piensa el uno.

—¡Qué plan de campaña trazaría yo, si me nombraran general!—piensa el otro.

—¡Qué dramas escribiría yo, si me los representaran!

—¡Qué artículos yo, si me los publicasen!

Pero, ni el uno ha pensado las grandes cosas, ni el otro ha estudiado sus planes, ni este ha escrito sus dramas, ni el otro sus artículos.

¿Para qué? Si todos los puestos están ocupados. El puesto es todo. ¡Si los puestos estuvieran libres!

El que trabaja, trabaja asediado; pierde lo mejor de sus energías en defenderse. Así cunde tan poco el trabajo.

Nadie trabaja tranquilo. Hasta el pensador ha de convertir en ametralladora la mitad de su pensamiento. De dos libros, uno ha de ser arma arrojada. Se siembra con una mano y de dispara con la otra.

Toda nuestra labor es labor de inquietud, de zozobra.

A tal punto, que la paz nos parece menosprecio, y más estimamos el valor de nuestra obra por el odio de los enemigos que por la admiración de los amigos.

El día que no nos sentimos odia-

dos nos parece que no hicimos nada de provecho.

Un día de paz descorazona, acobarda. ¿Será que el enemigo se disfrazó de amigo? Y cuando no se oye el tiroteo, se piensa en el puñal escondido traidoramente.

¿Quién trabajará con amor, si sabe que ha de recibir odio en pago?

Y menos mal que, como entre todos nos encargamos de hacer desdichados a los hombres de talento, estamos seguros de que no son dichosos. ¡Pobres de ellos, si sobre tener talento supiéramos que eran felices! Sería para matarlos.

Y menos mal, también, que también estamos seguros de que si tienen talento no es por mérito suyo: es... por suerte, por chiripa, por haber encontrado un puesto... ¡Oh! ¡El puesto, el puesto sobre todo!

Pero, nosotros, en su puesto, hubiéramos valido más, mucho más.

¡Si cualquiera hubiera sido Cervantes, cualquiera se hubiera contentado con escribir el Quijote!

—Yo, en el lugar de Fulano..., que me pusieran a mí en su lugar, ¡ya veríamos!

No quisiéramos ser como el otro.

¿Qué vale el otro? Quisiéramos estar en su lugar; eso, sí.

La vida del santo, ¿qué importa? Lo que importa es que está en el altar. Si yo me viera en un altar ya me tendrían por santo.

Es lo que dicen los autores novelos a los empresarios cuando les rechazan una obra: "¡Vaya! Que si esta obra fuera de un autor aplaudido, ya le parecería a usted buena".

Porque ellos no aspiran a que la obra sea buena: basta que lo parezca.

Por eso miran al lugar en el lugar del otro, ellos pudieran parecer el otro.

¡El lugar, el lugar es todo! La persona, ¿qué importa?

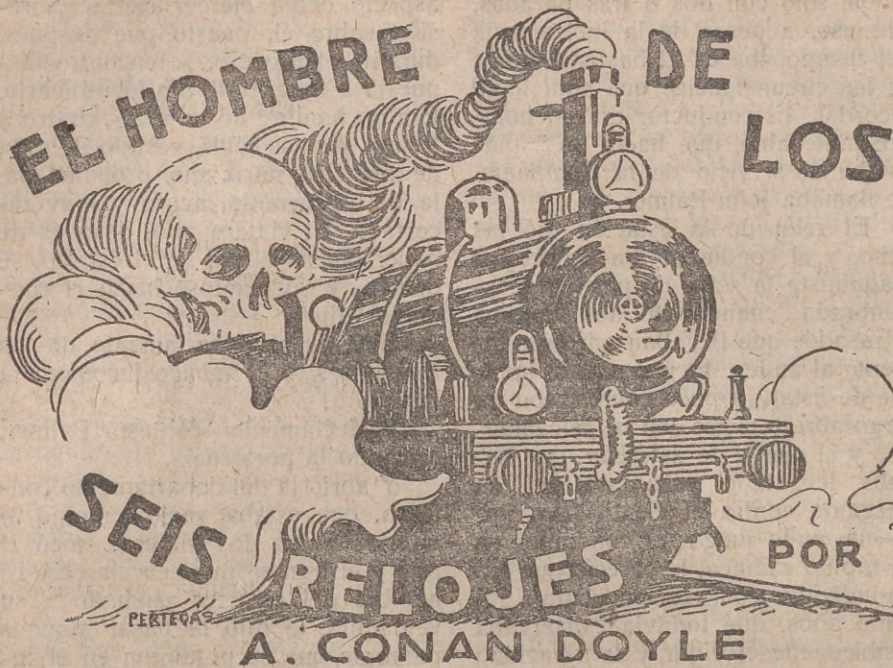
Sin embargo, el lugar estuvo mucho tiempo vacío y nadie reparó que allí había un lugar hasta que lo vieron ocupado, y entonces todos dijeron: "¡Ya nos han quitado nuestro puesto! ¿Qué podemos hacer ahora si nos han quitado nuestro sitio?"

Por eso son tantos los que no trabajan, ni estudian, ni piensan. ¿Para qué? ¡Si les han quitado el sitio!

JACINTO BENAVENTE



EL HOMBRE DE LOS SEIS RELOJES POR A. CONAN DOYLE

A detailed woodcut-style illustration. On the left, a man's face is shown in profile, looking towards the right. His features are integrated with the front of a steam locomotive. The locomotive's smokestack, boiler, and wheels are part of the man's head and face. The man has a mustache and is wearing a suit. The locomotive is emitting smoke from its smokestack. The text "EL HOMBRE DE LOS SEIS RELOJES" is arched over the top of the illustration, and "POR A. CONAN DOYLE" is at the bottom. The word "PERTEGAS" is written in small letters below "SEIS".

Todavía tendrá presente en la memoria mucha gente el singular acontecimiento que bajo el epígrafe de "El misterio de Rugby" ocupó, durante la primavera del año 1892, la Prensa diaria. Acaecido en un período de excepcional calma, suscitó la atención más de lo que merecía, y fué porque ofreció al público esa mezcla de lo extraordinario y de lo trágico, que tanta influencia ejerce sobre la imaginación popular. No obstante, el interés decayó, cuando, después de varias semanas de infructuosas averiguaciones, ninguna luz se pudo arrojar sobre el asunto. El drama pareció, desde entonces, tomar lugar para siempre en la sombría relación de los crímenes inexplicados e impunes.

Una comunicación reciente, cuya autenticidad no parece ofrecer ninguna duda, no obstante, arroja alguna luz sobre la cuestión. Antes de hacerla saber, creo que convendría recordar un poco los hechos a que concierne. Helos aquí en dos palabras:

El 18 de marzo de 1892, a las cinco de la tarde, un tren estaba a punto de partir de Euston para Manchester. Llovía. Hacía un tiempo endiablado. Uno de esos días en que no se viaja más que contrariado y forzado por asuntos urgentes. Pero el tren de las cinco era siempre muy frecuentado por las personas de negocios de Manchester que vuelven a la población, porque realiza el recorrido en cuatro horas y veinte mi-

nutos, sólo con dos o tres paradas. Por eso, a pesar de la inclemencia del tiempo, iba en él bastante gente en las circunstancias que aquí hago recordar. El conductor era un hombre intachable, que hacía diez años estaba al servicio de la Compañía. Se llamaba John Palmer.

El reloj de la estación dió las ocho, y el conductor iba a hacer al maquinista la señal de partida acostumbrada, cuando vió dos viajeros retrasados que llegaban apresuradamente al andén. El uno era un hombre de estatura poco común, con un largo abrigo negro con las bocamangas y el cuello de astracán, que llevaba levantado para proteger su garganta contra el viento frío. Por lo que pudo juzgar el conductor en su rápido examen, le pareció que era un individuo como de cincuenta a sesenta años, que todavía conservaba visiblemente el vigor y la vivacidad de la juventud. Llevaba en una mano un saco de viaje de cuero oscuro. Una señora le acompañaba, alta y delgada, andando con tal paso, que lo dejaba atrás. Vestía un largo guardapolvo de color leonado, con una toca negra muy ceñida y un velo muy oscuro que le tapaba casi completamente la cara. Los dos viajeros podrían pasar por padre e hija... Recorrían a grandes pasos la fila de vagones, cuando John Palmer les interpelló:

—¡Vamos, señores! ¡Dense prisa, que el tren va a partir!

—Primera clase—respondió el hombre.

El conductor abrió la portezuela más próxima. En el compartimento que acababa de abrir estaba sentado un individuo de corta talla, que tenía un cigarro en la boca, y cuyo

aspecto debió ejercer cierta impresión sobre él, puesto que después, durante el proceso, se encontró dispuesto a describirlo o a identificarlo. Era un hombre de treinta y cuatro a treinta y cinco años, vestido de gris, de aire vivo, nariz muy pronunciada, la barba menuda, negra y muy recortada. El viajero alto, después de haber puesto el pie en el estribo, se detuvo, y volviéndose hacia el conductor dijo:

—Este es el departamento de los fumadores, y el tabaco incomoda a la señora.

—Perfectamente—contestó Palmer, cerrando la portezuela.

Y abrió la del departamento contiguo, que estaba vacío, empujó al interior a los dos viajeros, tocó el pito y el tren se puso en marcha. El hombre del cigarro, asomado a su ventanilla, le dijo al pasar algunas palabras que se perdieron en el tumulto de la partida. Palmer saltó al estribo de su furgón y no pensó ya más en este incidente.

Doce minutos más tarde, el tren llegó a Willesden Junction, donde hizo una parada muy breve. El examen de los billetes ha permitido establecer con certeza que nadie tomó ni dejó el tren; ni un solo viajero bajó tan siquiera al andén. A las cinco catorce el tren volvió a emprender su marcha hacia Manchester, y llegó a Rugby a las seis cincuenta con cinco minutos de retraso.

En Rugby llamó la atención del personal de la estación el hecho de que un departamento de primera llevaba abierta su portezuela. Penetraron en él, y luego en el contiguo, donde les esperaba un sorprendente espectáculo.

El compartimento de los fumado-

res, ocupado a la partida de Euston por el hombrecillo de faz colorada y barba negra, estaba vacío; excepto una punta de cigarro a medio fumar, nada parecía indicar su ocupación reciente. La puerta estaba cerrada con llave. En el de al lado no quedaba rastro del señor del cuello de astracán y de su joven compañera. Los tres viajeros habían desaparecido. Por otra parte, en el departamento ocupado por la señora y su alto acompañante, se descubrió el cadáver de un joven elegantemente vestido y de aspecto distinguido. Yacía en el suelo, con las piernas encogidas, la cabeza apoyada en la portezuela y los codos sobre cada uno de los dos asientos. Una bala le había tocado en el corazón, y la muerte debió ser instantánea. Nadie le había visto subir al tren. No se le encontró ningún billete de ferrocarril. Sus ropas no estaban marcadas. No llevaba en sus bolsillos ni papeles ni ningún objeto que permitiera su identificación. ¿Quién era este viajero? ¿De dónde venía? ¿Qué circunstancias habían concurrido a su trágico fin? Todo esto no constituía un misterio menor que la desaparición de los tres viajeros que hora y media antes iban en los dos compartimentos del tren al pasar por la estación de Willesden Junction.

No se encontró, he dicho, sobre el joven desconocido, ningún objeto que permitiese identificarle. En realidad, un detalle particular dió lugar entonces a mil comentarios; llevaba encima hasta seis relojes, y todos de bastante precio: tres en los bolsillos del chaleco, dos en los de la chaqueta y uno en una pulsera de cuero que rodeaba su muñeca izquierda. Apparently se estaba en presen-

cia de un ratero cargado con su botín. Pero un hecho desmentía esta hipótesis: el origen de los seis relojes, todos de fabricación americana y de un modelo raro en Inglaterra. Tres llevaban la marca de la Sociedad de relojería de Rochester; había uno sin marca de fábrica, otro venía de la casa Mason, de Elmira, y el más pequeño, cincelado y adornado con piedras preciosas, tenía la etiqueta de Tiffany de New-York. En cuanto al resto de los objetos encontrados en los bolsillos, consistían en un cortaplumas de marfil con sacacorchos, de casa Rogers, en Shelffield; un pequeño espejo redondo, una contraseña del Liceum-Teatre, una cerillera de plata, una pitillera que contenía dos barajas y una cantidad de dos libras y cuatro chelines. Según todas probabilidades, el crimen no había tenido como móvil el robo. Ya he anotado que las ropas, que parecían nuevas, no llevaban iniciales y tampoco llevaba su traje el nombre del sastre que lo había hecho. El muerto tenía el aspecto de un hombre joven, de rostro lampiño y facciones delicadas; llevaba uno de sus dientes orificado.

En seguida que el crimen fué descubierto, se comprobó el número de los billetes expendidos y el de los viajeros, y se notó la falta de tres billetes correspondiendo a la ausencia de los tres viajeros. El expreso pudo continuar su camino, pero con un nuevo conductor, pues John Palmer quedó en Rugby como testigo. Después llegaron el inspector Vane, de "Scotland Yard" y M. Henderson, *detective* particular de la Compañía, que procedieron a realizar averiguaciones sobre este dramático acontecimiento.

Que se trataba de un asesinato, estaba fuera de toda duda. La bala era de un revólver de pequeño calibre, y el asesino debía haber hecho fuego a quema ropa. No se encontró en el compartimento ningún arma, lo que descartó completamente la hipótesis de un suicidio, y no se descubrió ningún rastro del saco de cuero oscuro que el conductor había visto en las manos del viajero alto. El único indicio del paso de los tres desaparecidos era un velillo de mujer que se encontró en la red. Aparte del crimen, la cuestión de cómo tres individuos, de los cuales uno era una señora, habían podido bajar y otro subir al tren en plena marcha entre Willesden y Rugby, excitó al más alto grado la curiosidad del público y suscitó vivas discusiones en la Prensa londinense.

John Palmer, el conductor, aportó al sumario un dato que arrojó alguna luz sobre el asunto. Había, declaró, entre Tring y Cheddington, un sitio donde, a causa de reparaciones efectuadas en la vía, el tren se veía obligado a disminuir su marcha hasta una velocidad que no pasaba de ocho a diez millas por hora. Podía ser que en este trayecto, un hombre y hasta una mujer, excepcionalmente ágiles, hubiesen saltado de un vagón sin hacerse ningún daño. Pero un equipo de trabajadores ocupaban allí la vía, y ninguno había observado nada que le llamase la atención, si bien es verdad que al paso del tren se apartaban a uno de los lados y que la puerta abierta correspondía al lado opuesto. Por lo tanto, podía concebirse que alguien hubiese saltado al suelo, puesto que estaba anocheciendo, y un terraplén en rápida pendiente ocultaba inmediata-

mente a la vista cualquier cosa que hubiese escapado a la atención de los obreros.

El conductor añadió que había gran animación en los andenes de Willesden Junction, y si estaba seguro de que nadie había bajado ni subido al tren, podía haber sucedido que algunos viajeros hubiesen pasado de un departamento a otro sin ser notados. Sucede constantemente que, después de haber fumado un cigarro en el departamento de los fumadores, el viajero busque una atmósfera más respirable. Suponiendo que el hombre de la barba negra hubiese hecho tal en Willesden--y el cigarro a medio fumar autorizaba esta suposición--debía haber subido en el departamento más próximo y encontrarse así con los otros dos actores del drama. El asunto, en sus comienzos, se dejaba reconstituir con cierta verosimilitud; y por eso es más extraño cómo de repente se sumió en las tinieblas, y cómo ni el conductor ni los jefes de seguridad que lo estudiaron no pudieron aportar la más ligera luz, a pesar de su larga experiencia.

Una visita minuciosa a la vía, entre Willesden y Rugby, ocasionó un descubrimiento que podía tener—y podía no tener—alguna relación con el drama. Cerca de Tring, precisamente en el mismo sitio donde el tren había disminuido su velocidad, se recogió en lo bajo del terraplén una pequeña Biblia de bolsillo, muy usada.

Estaba editada por la Sociedad Bíblica de Londres, y tenía muchas anotaciones. En la primera hoja se leía:

“De John a Alicia, 13 de enero de 1856.” Debajo: “James, 4 de

julio de 1859". Más abajo todavía: "Eduardo, 1 de noviembre de 1869".

Todo esto escrito por la misma mano. Fué el único indicio, si es que puede considerarse como tal, que recogió la policía, en resumidas cuentas; y el veredicto del juez: "Asesinato por uno o varios desconocidos", terminó sin resolver nada, con este extraño asunto. Anuncios en los periódicos, promesas de recompensa, investigaciones, todo fué igualmente

cían designar al muerto como un ciudadano de los Estados Unidos, a pesar del origen indudablemente inglés, de sus ropas y de su calzado. Algunos supusieron que debía haberse escondido bajo un asiento, y que fué muerto por sus compañeros de viaje por un motivo cualquiera, puede ser por haber descubierto en su conversación comprometedores secretos. Apoyada por las noticias que entonces circulaban sobre la feroci-



infructuoso: no se encontró nada que pudiese servir de base útil y sólida para formar juicio.

Y no se crea que faltaron teorizantes, que cada uno explicaban los hechos a su manera. En América, como en Inglaterra, la Prensa emitió toda clase de hipótesis, la mayor parte ridículamente absurdas. El hecho de que los relojes fuesen de origen americano, y también la particularidad del diente orificado, pare-

dad de algunas asociaciones secretas, sobre todo de anarquistas, esta teoría era tan admisible como cualquier otra.

El muerto no llevaba sobre él ningún billete de ferrocarril, lo que hacía verosímil que hubiese subido al tren ocultándose, y, además, se sabía el papel importante que jugaban las mujeres en la propaganda nihilista. Pero, por otra parte, resultaba bien claramente de las declara-

ciones del conductor que el hombre debía haberse escondido en el vagón antes de la llegada de los otros viajeros; y, ¡por qué inverosímil coincidencia, los conspiradores habían ido a escoger para viajar el departamento donde se escondía un espía! La teoría en cuestión dejaba sin explicar la desaparición simultánea del hombre del departamento de los fumadores. La policía no se tomó mucho trabajo para desmentir esta hipótesis, a la que se encontraba en la imposibilidad de oponer otra más fundamentada por la falta de pruebas.

Un especialista muy conocido, por sus ingeniosas investigaciones en materia criminal, publicó en la *Daily Gazette* una carta, que se discutió mucho en aquel tiempo. Se recomendaba, por lo menos por su ingenio, y creo interesante el reproducirla aquí:

"Cualquiera que sea la verdad, decía, debe ser una combinación de acontecimientos extraordinarios. Por consiguiente, es inútil, en nuestro juicio, suponer hechos que no pertenezcan a este orden. En ausencia de datos, por fuerza debemos abandonar el método analítico o científico por el método sintético. O sea, en lugar de tomar los hechos conocidos para deducir el resto, vamos a construir todas las piezas de un sistema fantástico, que tendrá por precisión que adaptarse a los hechos que conocemos. Todos los nuevos acontecimientos que se produzcan nos ayudarán a probar el fundamento de nuestro sistema. Si ellos mismos se colocan en su lugar, es que tenemos la verdad probablemente en nuestro poder; y a cada nuevo hecho, esta

probabilidad crecerá en progresión geométrica, hasta la evidencia concluyente y definitiva.

"En el caso actual, un hecho digno de ser notado y muy sugestivo, no ha llamado la atención tanto como lo merece. Existe un tren ómnibus, que pasa por Harrow y por King's Langley, cuyo horario es tal, que el expreso debe alcanzarle precisamente en el sitio donde los trabajos ejecutados sobre la vía obligaron a disminuir su marcha hasta ocho millas por hora. Los dos trenes, en este momento, debieron marchar en la misma dirección y a una velocidad igual, sobre dos líneas paralelas. Todo el mundo sabe que, en tales circunstancias, cada viajero ve perfectamente desde su sitio a los viajeros de los vagones que les corresponden al lado. El expreso llevaba sus lámparas encendidas desde Willesden, de suerte que todos los departamentos estaban iluminados, y se podía ver perfectamente desde fuera cuanto en ellos sucediese.

"Según mi sistema, los hechos se reconstituyen como sigue: El joven, portador de un número anormal de relojes, iba solo en un departamento del tren ómnibus. Supondremos que su billete, sus papeles, sus guantes y otros objetos que llevase, se encontraban cerca de él sobre su asiento. Debía ser un americano, sin duda un hombre de mentalidad débil: el llevar encima demasiadas alhajas caracteriza el principio de ciertas locuras.

"Iba mirando al expreso que, por causa del estado de la vía, marchaba al mismo tiempo que él y, de repente, encontró en un departamento a personas de él conocidas. Admitiremos, para las necesidades de

nuestro sistema, que estos dos personajes, el uno era una mujer a la que amaba, y el otro un hombre con el que tenía motivos de reciproca enemistad. Irritable e impulsivo, el joven se lanzó a la portezuela de su vagón, saltó de su estribo al del expreso, abrió el departamento y se presentó inopinadamente delante de las dos personas. Todo lo cual, suponiendo que el ómnibus y el expreso iban a la misma velocidad, ofrece menos peligro que el que pueda imaginarse.

"Una vez el joven allí dentro, sin su billete, que había dejado en el otro tren, fácilmente se adivina que comenzó entre los tres personajes una escena violenta. Puede suponerse que el hombre alto y la mujer que le acompañaba eran americanos, y así se explica que fuesen armados, pues ya sabemos que el uso de armas no entra dentro de las costumbres inglesas. Si nuestra hipótesis de un principio de locura no nos engaña, el más joven de los hombres debió asaltar al otro, y éste puso fin a la contienda disparando y matando al agresor, después de lo cual debió escapar, llevando consigo a la mujer. Preciso es convenir en que todo esto debió desarrollarse muy rápidamente y que el tren marchaba lo suficientemente despacio para que fuese posible apearse. Una mujer puede muy bien descender de un tren que marche a ocho millas por hora y positivamente sabemos que debió descender.

"Nos queda el hombre del departamento de los fumadores. Presumiendo que hasta aquí hayamos fielmente reconstituido el drama, no encontramos nada, en el caso de este hombre, que nos haga modificar

nuestras conclusiones. Según nuestra teoría, el viajero en cuestión, vió al joven pasar de un tren a otro, oyó la detonación y vió en seguida a los dos fugitivos saltar al suelo, y comprendiendo que se acababa de cometer un crimen, se lanzó en su persecución. El porqué no se ha vuelto a oír hablar de él o si encontró la muerte en su empresa, o creyó más oportuno abandonar la persecución, son otros tantos puntos que tenemos, sin encontrar medio de aclararlos. Reconozco que, en mi teoría, hay ciertos puntos oscuros; a primera vista parece poco probable que, en un momento tan crítico, el criminal al fugarse recogiese el saco de cuero, que debía embarazarle en sus movimientos; pero sabía que el descubrimiento del saco revelaría su identidad, y no podía dejarlo. El equilibrio de mi sistema se apoya solamente en un punto: y llamo la atención de la Compañía del ferrocarril para que compruebe si se encontró un billete perdido en el tren ómnibus de Harrow a King's Langley el 18 de marzo. Si fué así, tengo ya una prueba, y si, por el contrario, no se encontró nada, mi teoría todavía puede justificarse, pudiendo concebirse que el viajero no llevaba billete, o bien que lo había perdido."

La contestación que a esta laboriosa y plausible hipótesis dieron la policía y la Compañía fué, primero, que no se había encontrado el billete; segundo, que el tren expreso no había marchado junto al ómnibus en ningún punto del recorrido, y tercero, que el ómnibus estaba en la estación de King's Langley cuando el expreso pasó por ella a una velocidad de cincuenta millas por hora. De este modo se

destruía la única explicación aceptable, y han pasado cinco años sin darse otra. Pero he aquí que hoy llega una declaración que explica todos los hechos y que se debe considerar como auténtica: es una carta dirigida al experto criminalista que más arriba he citado, y la copia íntegra, a excepción de los dos primeros párrafos, de índole esencialmente personal y que sólo sirven de preámbulo:

"Hará usted el favor de excusarme si en lo concerniente a los nombres guardo alguna reserva, si bien ya no tengo los mismos motivos que hace cinco años, cuando mi madre vivía todavía. Estos motivos han hecho que, hasta aquí, me haya dedicado a despistar y hacer desaparecer todas las sospechas. Pero debo a usted una explicación, puesto que la de usted, sino exacta, por lo menos era ingeniosa. Es preciso, para que pueda usted comprenderlo todo, que comience desde algún tiempo atrás.

"Mi familia, originaria de Bucks, en Inglaterra, emigró a los Estados Unidos en los cincuenta últimos años. Se estableció en Nueva York, en Rochester, donde mi padre abrió una gran almacén de mercería. No éramos más que dos hermanos: Eduardo y yo, James. Tenía yo diez años más que mi hermano, y cuando nuestro padre murió, cumplí con mi deber de primogénito, ocupando su puesto. Mi hermano era un muchacho ardiente y buen mozo, uno de los seres más bellos que usted puede imaginarse.

"Pero desgraciadamente su espíritu no estaba en armonía con su naturaleza, y la semilla del vicio estaba arraigando en su corazón, ha-

ciendo espantosos progresos de día en día. Mi madre se apercibía, como yo; pero continuaba mimándole, pues él la trataba tan dulcemente siempre, que era imposible negarle nada. Yo traté de reprenderle y desde entonces me cobró odio.

"Un día, a pesar de mis esfuerzos por retenerle, se salió con la suya: partió para Nueva York, donde rodó rápidamente yendo cada vez de mal en peor. Comenzó por la disipación y concluyó por el crimen. Al cabo de un año, llegó a ser uno de los caballeretes de industria más conocidos en la ciudad. Se había hecho amigo del más perdido de todos los canallas, un individuo llamado Macloy, y los dos se dedicaron a vivir del juego y a frecuentar los mejores hoteles de Nueva York. Excelente actor, capaz, si hubiese querido, de hacerse un nombre en el teatro, mi hermano desempeñaba a voluntad todos los papeles—joven noble inglés, simple provinciano del Oeste, estudiante pobre—, según convenía a los propósitos de Sparrow Cacloy. Tuvo una vez la idea de disfrazarse de muchacha: compuso tan bien el personaje y con tanto provecho, que esto llegó a ser una de sus ocupaciones favoritas. Tammany y la policía se dejaron engañar, y parecía que nunca debían tropezar con ningún obstáculo; pues esto sucedía antes de la Lexow Commission, en una época que bastaba que uno fuese un poco vivo para hacer todo que le viniese en gana.

"Nada les hubiera estorbado si únicamente se hubiesen dedicado a jugar a las cartas en Nueva York; pero vinieron a Rochester donde falsificaron una firma en un cheque. Fué mi hermano el autor de la fal-

sificación, y nadie dudó que obraba instigado por Sparrow Macloy. Pagué yo el cheque, que me costó una bonita cantidad, y me fui a buscar a mi hermano y se lo puse ante su vista, amenazándole con denunciarle a la justicia si no se marchaba del país.

"Me contestó, comenzando por echarse a reír, que yo no podía denunciarle sin destrozar el corazón de nuestra madre, y que ya miraría yo bien lo que hacía; pero le hice comprender que nuestra madre tenía ya bastante destrozado el corazón y que yo prefería ver a mi hermano en una cárcel de Rochester antes que en un hotel de Nueva York. Cedió y me prometió solemnemente que no volvería a ver a Macloy, que pasaría a Europa y que se dedicaría honradamente al comercio. Le ayudé a buscar una colocación y le recomendé a un antiguo amigo de nuestra familia, Joe Wilson, exportador de relojes americanos, que le confió una agencia en Londres, con pequeños emolumentos y una comisión del quince por ciento en todos los negocios. El aspecto y las formas de mi hermano hablaban tan bien en su favor, que ganó completamente el afecto del viejo, y al cabo de una semana partía para Londres con una caja llena de muestras.

"Me parecía que en el asunto del cheque había sentido miedo y podía esperar verle entrar en el buen camino. Nuestra madre le había hablado, y sus palabras habían hecho en él algún efecto, porque había sido siempre para él la mejor de las madres y constituía su conducta el pesar de su vida. Pero yo sabía que Macloy ejercía sobre Eduardo una gran influencia, y que la única probabilidad de verle perseverar en el

bien estaba en cortar toda relación entre ellos. Tenía yo un amigo en el servicio de seguridad en Nueva York y le había recomendado a Macloy para que lo tuviera bajo su vigilancia. Quince días después de la partida de mi hermano, me hizo saber que el tal Macloy había tomado un camarote en el *Etruria*, y no tuve la menor duda de que iba a Inglaterra a reunirse con Eduardo y volver a la vida de donde yo le había sacado. En seguida resolví hacer también el viaje y oponer mi poder al suyo. Consideré la partida como perdida por adelantado; pero pensaba, y mi madre lo mismo, que cumplía con mi deber; ella y yo nos pasamos la última noche rezando juntos por mi éxito, y me entregó una Biblia que mi padre le había dado en la época de su casamiento, en la vieja patria, con el fin de que la llevase siempre sobre mi corazón.

"Hice la travesía con Sparrow Macloy, y tuve, al menos, el placer de estorbar su juego durante el viaje. Desde la primera noche, cuando yo entraba en el salón de fumar, lo encontraba presidiendo una mesa de juego, con una media docena de jóvenes que iban a Europa con la bolsa llena y el cráneo vacío. Organizaba él la partida y se prometía sacar buenos beneficios; pero yo llegué a tiempo de arreglar todo aquello.

"—Señores—dije—, ¿saben ustedes con quién están jugando?

"—¿Quién le mezcla a usted aquí? ¡Ocupese de lo que le importe!—gruñó él con una blasfemia.

"—Diga usted su nombre—gritó uno de los *primos*.

"—¡Es Sparrow Macloy, el más ilustre canalla de los Estados!

"Se levantó él de un salto y cogió una botella; pero se acordó de que viajaba bajo el pabellón del viejo país donde reinan el orden y la ley y donde Tammany no tiene nada que hacer. La cárcel y los trabajos forzados castigan la violencia y el crimen, y no hay medio de escapar por una puerta falsa en un trasatlántico.

"—Probaré lo que he dicho—añadió—. Remánguese usted hasta el hombro, ¡y que mis palabras vuelvan a mi garganta si he mentido!

"Se puso pálido y no replicó. Yo conocía la mayor parte de sus trucos, y sabía que, como todos los de su oficio, debía llevar a lo largo del brazo un elástico con un gancho en su extremo, que debajo mismo del puño debía servir para hacer desaparecer las cartas malas para sustituirlas por otras que llevaba escondidas.

"No me había equivocado. Se marchó vomitando contra mí toda clase de imprecaciones y no le volvimos a ver durante toda la travesía. Por una vez, al menos, vencí yo a Sparrow Macloy.

"Pero me guardaba su revancha, y cuando se trató de disputarme a mi hermano fué él quien venció. Durante las primeras semanas, Eduardo había observado en Londres una conducta irreprochable, y comenzaba a hacer algunos negocios con sus relojes americanos, cuando el miserable se atravesó de nuevo en su camino. Yo tuve que contentarme con no hacer nada. Lo primero de que oí hablar fué de un escándalo que había tenido por teatro uno de los hoteles de Northumberland Avenue: un viajero se había visto *aligerado* de una fuerte suma por dos compin-

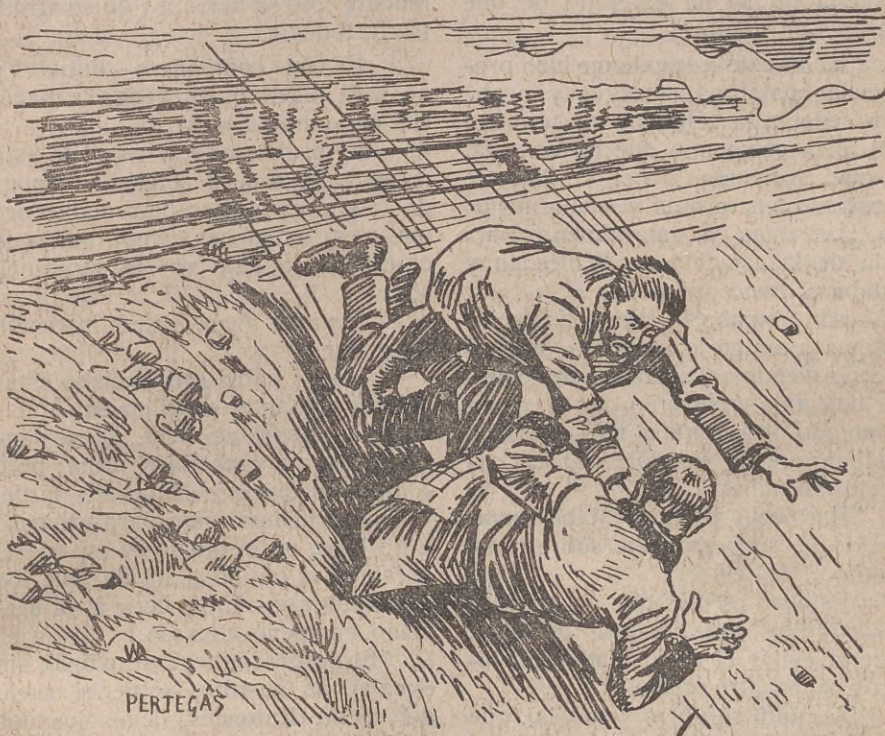
ches, y "Scotland Yard" instruía las diligencias oportunas. Leí la información en un periódico de la tarde, y ni por un instante dudé yo de que mi hermano y Macloy hubiesen vuelto a sus antiguas prácticas. Corrí a casa de Eduardo, donde me dijeron que, acompañado de un señor alto, en quien yo reconocí a Macloy, se había marchado de la casa llevándose su equipaje. La portera les había oído dar al cochero varias direcciones, y recordaba que la última fué la de Euston Station, y había sorprendido en las palabras del señor alto alguna cosa a propósito de Manchester. Suponía que se irían a esta población.

Consulté el indicador y vi que debían haber tomado el tren de las cuatro y treinta y cinco, si bien había otro un poco más tarde, a las cinco. Tuve el tiempo justo para tomar un coche y llegar cuando aún no había salido el segundo; pero ni en los andenes ni en el tren vi el menor rastro de ellos. Eupuse que debían de haberse marchado en el que había partido poco antes y decidí seguirles a Manchester, donde ya me las arreglaría para encontrarles, pensando que un supremo llamamiento a los sentimientos filiales de Eduardo, recordándole a nuestra pobre madre, podría quizá salvarle aún. Estaba en una tensión de nervios espantosa y encendí un cigarrillo para calmarme. El tren iba a partir, cuando de repente se abrió la portezuela del departamento donde yo estaba y vi sobre el andén a Macloy con mi hermano.

"Iban los dos disfrazados, y no sin razón, pues sabían que la policía de Londres les seguía las huellas. Macloy llevaba levantado un gran

cuello de astracán, que no dejaba ver más que la nariz y los ojos. Mi hermano había adoptado un traje femenino, y un velo negro le tapaba casi toda la cara; pero no me engañé ni un minuto, ni me hubiese engañado aún sin saber que ya otras veces había recurrido al mismo subterfugio. Hice un movimiento de ex-

to. Seguramente nadie me vió, lo que no tiene nada de extraño, dada la afluencia de gente que había en la estación. Macloy, como yo presumía, me aguardaba a pie firme, y seguramente había pasado el trayecto de Euston a Willesden aleccionando a mi hermano y previniéndole en contra mía. Nunca encontré a Eduardo



trañeza y Macloy me reconoció, dijo no sé qué al conductor, que cerró la portezuela y los hizo pasar al departamento contiguo. Traté de retrasar la partida del tren, para poder seguirles; pero era ya demasiado tarde: estábamos en marcha.

"En la parada de Willesden me apresuré a cambiar de departamen-

más insensible ni más duro a mis súplicas. Ensayé todos los medios, le pinté su porvenir en una cárcel inglesa y la pena de nuestra madre cuando recibiese la noticia, hice todo lo humanamente posible para ablandar su corazón y fué trabajo perdido. Continuaba con una sonrisa de desprecio en sus labios, mi n-

tras de tiempo en tiempo Macloy me lanzaba una pulla o le decía alguna palabra para darle ánimo y apoyarle en su resolución.

—¿Por qué—me dijo—no funda usted una escuela para los dominicos?

—Y dirigiéndose a mi hermano:

—¡Te considera como al hermanito que hay que dejar sin postre y todavía no se ha enterado de que ya eres un hombre!

—El oír este lenguaje me hizo pronunciar palabras amargas y acabé por ceder a la cólera, y mi hermano vió un aspecto mío que no conocía, y que, sin duda, debía de haberle mostrado más pronto y más a menudo. Habíamos ya, naturalmente, partido de la estación de Willesden y estaba el tren en marcha.

—¡Un hombre!—dije—. Preciso es que tu amigo lo asegure. Nadie lo creería viéndote disfrazado de pequeña colegiala. ¡No creo que haya en el mundo otra criatura más digna de lástima que tú, viéndote con ese aspecto de muñeca!

—Enrojeció porque estaba envenecido de su persona y, sobre todo, temía al ridículo.

—Esto no es más que un guardapolvo—dijo despojándose de él—. Quería evitar la curiosidad y no tenía a mano otro medio.

—Se quitó su gorro y su velo, que metió en el saco de cuero con el guardapolvo.

—Por ahora no tengo necesidad de esto hasta que pase el revisor.

—Y ya no lo necesitarás desde este momento—dije apoderándome del saco y tirándolo por la ventanilla.

—Ahora—añadí—, ya has terminado de hacer el papel de Mari-

Juana mientras yo lo pueda impedir. Si para salvarte de la cárcel no había más que ese disfraz, ¡irás a la cárcel!

—Esta era la única forma posible de tratarle, y noté que iba ganando terreno, pues su naturaleza cedía mejor a la violencia que a las súplicas. Se puso rojo de vergüenza, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Macloy notó su derrota y quiso arrastrarle todavía.

—¡Es mi compañero—dijo—, y no será usted quien venga a hacer con él de matamoros!

—Es mi hermano, y usted le está arrastrando a su perdición—respondí—; y si es preciso para separarles que vaya usted una temporada a la cárcel irá, o dejo yo de ser quien soy.

—¿Es que tiene usted intención de gritar?

—Apenas había pronunciado estas palabras, cuando vi brillar en su mano un pequeño revólver. Quise lanzarme para arrancarle el arma; pero comprendí que era demasiado tarde, y tuve el tiempo justo para echarme a un lado, en el momento en que él apretaba el gatillo. La bala, que iba destinada a mí, fué a herir a mi hermano en pleno corazón.

—El desgraciado se desplomó, sin exhalar un suspiro, sobre el suelo del coche. Entonces, llenos los dos del mismo terror, nos encontramos arrodillados a su lado, Macloy y yo, queriendo recoger su último suspiro. Macloy conservaba en la mano el revólver; pero su cólera y mi resentimiento se habían apacado por la rapidez del drama. El fué el primero que se dió cuenta de la situación, y como en aquel momento, el tren, por cualquier motivo, llevaba muy

poca velocidad, entrevió una probabilidad de huida. Instantáneamente abrió la portezuela; pero yo lo preví, salté sobre él, y cayendo del estríbo rodamos enlazados a lo largo de un talud, en rápida pendiente. Al llegar al fondo chocó mi cabeza contra una piedra y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí me encontré acostado sobre unas ramas, a alguna distancia de la vía férrea, y a mi lado había alguien que me frotaba la frente con un pañuelo húmedo. Reconocí a Sparrow Macloy.

—No podía abandonarle—me dijo—. No quería teñir mis manos, en un solo día, con su sangre y la de usted. Sin duda usted quería a su hermano; pero no más que yo, aunque fuera bien extraña mi manera de manifestarlo. El mundo me parece vacío ahora que ya no existe, y poco me importa que usted quiera o no enviarme a la horca.

—Como al caer se había doblado un tobillo, nos quedamos allí los dos: él, imposibilitado de mover su pie, y yo con la cabeza ardiendo, y comenzamos a charlar, a charlar. Mi cólera fué desapareciendo poco a poco, para dejar sitio a la simpatía. ¿Para qué vengar la muerte de mi hermano en un hombre que parecía tan afectado como yo? Además, conforme iba yo recobrando el dominio de mí mismo, me iba dando cuenta de que no podía hacer nada contra Macloy que no recayese sobre mi madre y sobre mí. ¿Cómo denunciar a este hombre sin hacer pública la vergüenza de la conducta de mi hermano, que es lo que a toda costa quería evitar? Así es, que nuestro propio interés nos obligaba a correr un velo sobre el asunto; es decir, que yo, el vengador, ¡conspiraba contra

la justicia! El sitio donde nos encontrábamos era uno de esos parques de faisanes que tanto abundan en Inglaterra. Y mientras encontrábamos una solución, ¡yo discutía con el asesino de mi hermano los medios de evitar el escándalo!

—Pronto me convenció de que si mi hermano no llevaba papeles en los bolsillos, lo cual ignorábamos, la policía no podría ni identificarlo ni explicar su presencia en el tren, pues su billete estaba en el bolsillo de Macloy. Como la mayor parte de los americanos, había encontrado más cómodo hacerse su equipo en Londres que traerlo de América. Su ropa interior y su traje eran, pues, nuevos y sin marcas. El saco que contenía el guardapolvo, cuando yo lo tiré por la ventanilla, quizá cayó entre algunas malezas, donde los matorrales lo ocultarían, quizá lo hubiese recogido algún vagabundo o fué a parar a manos de la policía, aunque nadie lo supo. En todo caso, no he leído sobre su paradero nada en los periódicos de Londres. En cuanto a los relojes, constituía un surtido de muestras para la venta: puede ser que las llevase a Manchester para realizar algún negocio...; pero, ¿para qué perderse hoy en conjeturas?

—No acuso de insuficiente a la policía. ¿Qué es lo que podía hacer? Un solo indicio podría haberla guiado; pero, ¡tan débil!... Me refiero al pequeño espejo redondo que se encontró en el bolsillo de mi hermano. ¿Verdad que no es un objeto muy apropiado para un hombre? Pero para un jugador es una marrullería: sentado a alguna distancia de la mesa de juego, con el espejo sobre las rodillas, puede distinguir, al dar

las cartas, las que da a su adversario, y lo tiene a su merced cuando las conoce tan bien como las suyas propias. Un espejo es el accesorio indispensable de un tramposo profesional, tanto como el gancho elástico colgado del brazo de Macloy. Por poco que hubiese unido su hallazgo con los casos de fulleras que recientemente se habían realizado en los hoteles, la policía hubiese tenido uno de los extremos del hilo en sus manos.

"Heme aquí en el término de mis explicaciones. Llegamos por la noche a un pueblecillo llamado Amersham, donde nos presentamos como dos excursionistas, y al día siguiente volvimos tranquilamente a Londres, y Macloy se quedó en Inglaterra, mientras yo volvía a Nueva York. Mi madre murió seis meses después, y afortunadamente hasta su muerte no supo nada del drama. Viví persuadida de que Eduardo ganaba honradamente la vida en Londres, y nunca tuve el valor de decirle la verdad. Claro que no recibía car-

tas de mi hermano; pero nunca le había escrito, y no pudo notar ninguna diferencia, lo que no impedía que ella no cesase de pronunciar su nombre.

"Ahora hay una cosa, una sola, que yo quisiera pedir a usted, y si usted quisiera satisfacer mi deseo me consideraría espléndidamente pagado por mis revelaciones. ¿Recuerda usted la pequeña Biblia recogida en el tren? La llevaba yo siempre en un bolsillo interior, de donde probablemente se salió en mi caída. Tiene para mí un gran valor, pues era en nuestra casa el libro de la familia, y mi padre había anotado en la primera hoja mi nacimiento y el de mi hermano. Sería para mí un gran placer que por conducto de usted volviese a su antiguo dueño, si se tomase la molestia de enviármela. No creo que tenga valor para nadie. Dirigiéndola al señor X... Bassano's Library, Nueva York, puede estar usted seguro de que llegará a mi poder."

(Traducido por F. R. M.)



Meditaciones de entrelubricán

La absurda civilización

Los primeros amores que sintieron nuestros antepasados hacia la Naturaleza estaban representados por el río y la selva. Existía entonces el verdadero amor, ingenuo, espontáneo, y llegaba a lo sublime cuando en la contemplación extática de la Naturaleza el alma perdía todo contacto terrenal y se elevaba a las regiones del misterio, donde la duda impera, mientras el corazón se sentía invadido por inefable dicha.

No existía la civilización. No se poseían otros conocimientos que los del objetivismo, y el sentimiento humano no alcanzaba más allá que el de la consciencia de la propia existencia. La civilización, dígame lo que se quiera, ha sido un mal que ha entrado en nuestra vida. Esta civilización, que consiste en no entendernos nunca ni estar conformes unos con otros; que exige la institución de una fuerza pública para el respeto mutuo; que ha constituido organismos de millones de seres que se instruyen en matar a sus semejantes; que ha ideado las fronteras, motivo de guerras perpetuas, trabaja con entusiasmo en construir armamentos, en perfeccionarlos, y, en fin, parte de la felicidad de un pueblo, está en las molestias y envidias que produce a los demás

pueblos. Si nuestra misión en el mundo es vivir, la civilización es una enfermedad humana.

Han fracasado por completo la cultura y el libro.

* * *

Hemos de procurar volver a la selva y al río, donde pasaron siglos y siglos nuestros bondadosos ancestrales. Nosotros descubrimos esta bondad ancestral en esa sensación agradable y simpática que se experimenta en plena vida, cuando lejos de las muchedumbres nos sentimos interrogados secretamente por los infinitos murmullos de la Naturaleza. Lo que sentimos responde a lo que hemos sentido. Las dulces sensaciones de nuestros antepasados han creado un órgano que nuestra alma nos lo hace sentir cuando vibra por simpatía. La simpatía es un recuerdo de sentimientos unidos por un acto noble. Nada habla en nuestra alma desde la tumba, como el golpe del martillo sobre el yunque; el repiqueo severo en la cantera; el vaguido de la aceña movida por un caballo; las mil sinfonías de una fronda, y el ruido seco y monótono de la sierra y el hacha en la tala de árboles.

La cultura de los hombres de la ciudad ha hecho que los labriegos de los alrededores sean desconfiados y maliciosos.

* * *

Meses antes de estallar la gran Guerra europea, Franz Bizony, millonario austriaco, moría cerca de Viena en una vasta quinta de su propiedad, llamada Miskoler. Disponía de una gran fortuna y no tenía más compañía que la de un criado, camarero suyo.

Franz, hombre de una bondad infinita, sufrió desde la infancia las adversidades que proporciona la vida entre los hombres que, lejos del trabajo, hacen su existencia agradable con la expoliación legal de lo ajeno.

Franz era un inadaptado, según decían la mayoría de los pigres que le trataron. Tenían razón, porque Franz, fracasado en la sociedad, se retiró a vivir en su quinta de Miskoler, se rodeó de animales, a los cuales trataba como los mejores compañeros de su vida. Sus extensos dominios se habían convertido en el paraíso de las bestias. Doce años después murió, como hemos dicho, legando toda su fortuna a la ciudad de Viena, que debía consagrar sus rentas a un asilo que cuidara la vejez

del animal más noble al hombre: el caballo.

* * *

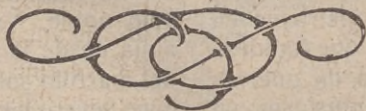
Cuando la civilización impera sin cultura, los pueblos idean los más extravagantes atropellos contra la Naturaleza. Francia, despoblada de árboles hace setenta años, se encontró en el peligro de ser una ruina europea. Las tierras en las Landas se vendían, por unos cuantos francos, todo lo que alcanzaba la voz del pastor. Este se colocaba en un sitio determinado, gritaba, y donde ya no se percibía el sonido, era el límite de las tierras que se ponían a la venta. Varios pueblos se encontraron amenazados, y algunos perecieron por el avance de la arena desde la orilla del mar. En España nos encontramos a este respecto bastante mal. ¿Por qué no se ejecutan las leyes dictadas contra los destructores de árboles?

* * *

Réplemos los montes; hagamos selvas y vayamos a vivir en ellas.

Bien que en la antigüedad la civilización talase los bosques porque los bandoleros se refugiaban en ellos; pero ahora, que viven en las ciudades, justo es que se planten selvas para que puedan vivir allí las buenas gentes.

PIGMALION





¡Gloriosos aviadores,
hispanicos luchadores!,
que, con arrojo inaudito,
en el espacio infinito
defendéis el ideal
de la España liberal:
No he visto vuestras batallas
del éter entre las mallas;
pero yo bien me imagino
que, más que humano, divino
es vuestro noble sentir,
cuando del suelo al partir
os remontáis a los cielos,
con los plausibles anhelos
de luchar hasta morir...
para poder conseguir
liberar a los mortales
de despotismos bestiales,
que con marcado egoísmo
quiere implantar el fascismo.

... ..
¡Gloriosos aviadores,
de los espacios señores!:
Cuando remontáis el vuelo
dejando tan bajo el suelo,
¿no os acosa el temor?...
¿No os sobrecoge miedo?...

Seguramente que no,
porque vosotros tenéis,
más que de bronce, de acero
vuestro pecho; y sabéis
que, el que vuela a los cielos,
ve más de cerca la gloria
a que aspira el vencedor,
cuyo sueño es la victoria.

... ..
Es el miedo poquedad
del bajo, del ruin sentir;
para vosotros vivir
sin gloria ni dignidad,
sin valor ni lealtad...
¡Más que vivir es morir!,
que muerte es el vegetar
y no sentir los anhelos
del espíritu inmortal
que vive para los cielos.

... ..
¡Gloriosos aviadores,
de distancias vencedores!,
Parece que os estoy viendo
raros virajes haciendo.
Los aires, raudos, cruzando
como las águilas reales;
terribles castigos dando;

acometiendo triunfales;
¡¡abatido al enemigo!!
que si algo lleva consigo...,
lo que vosotros no lleva:
¡¡la razón!!, que os da valor...
¡¡Y es potentísima prueba
de por qué lucháis mejor!!

... ..
¡Gloriosos aviadores,
del fascismo vencedores!:
parecen que las bombas
—de metralla y fuego trombas—
que ellos lanzan, tan vilmente...,
cuando dan sus estallidos
semejan a los rugidos
del infierno mismamente.

... ..
Mientras que las que vosotros
lanzáis..., ¡creemos nosotros
que remedan catarata,
que en torrentes se desata!
Esto lo digo de veras.
Las alondras mañaneras
del mismo modo lo creen,
y por eso se deshacen
en gorgoros, que os recreen
y mil filigranas hacen
cuando los aires cruzáis...,
y a dar la cuenta marcháis,
de vuestras operaciones,
de las Patrias a los salones.

... ..
Hasta las águilas reales,
al veros tornar, triunfales,
parece más raudas vuelan...
y aventajaros anhelan,
en pugilato celoso,
al ver de vuestro coloso

las distancias recorriendo;
con sus motores rugiendo
y adelantando a los vientos
cuál sutiles pensamientos.
Pero..., ¡si hasta el mismo sol,
al ver cuál cortáis sus rayos,
y que son vuestros lacayos
bellas nubes de arrebol
os tributa pleitesía,
cuando brilla al mediodía!...

... ..
¡Gloriosos aviadores,
del espacio emperadores!:
Mirad a lo alto del cielo
y reparad en el suelo;
Ved cuál todas las estrellas;
ved cuál las flores más bellas,
las unas, con resplandores;
las otras, con sus aromas...,
os quieren tejer coronas
en prenda de sus amores...,
¡para adornar vuestras frentes,
de heroísmo refulgentes!

... ..
¡Gloriosos aviadores,
hispánicos luchadores!:
¡Continuad, camaradas,
vuestro triunfo en las alturas:
que, con vuestras llamaradas,
con vuestras balas más duras,
los "cazas", los trimotores,
¡¡muerte den a los traidores!!
¡La Patria os premiará
vuestro heroico valor...,
y un himno entonar
en vuestra gloria y honor!

JULIO MENENDEZ GARCIA

Aiberique, diciembre de 1936



(Continuación.)

En ella ha de evitarse con cuidado sumo que los desvíos que finge el hombre puedan llegar a ser tales que la ofendan e irriten, hasta el punto de conquistar su odio.

Debe usarse lo que vulgarmente se dice un ten con ten especial, haciéndola ver unas veces que se la ama con locura y otras que lo que ella creyó amor es pura amistad, o bien que otra mujer podría robar su presa, etcétera.

Pero todo esto combinado con arte y habilidad para tenerla siempre preocupada y no darle lugar a sus coqueterías peligrosas.

Al mismo tiempo, el hombre debe mantener activas las causas de su vanidad, que han motivado en ella el deseo de atraerle y esclavizarle.

Cada día debe ser más amable, más elegante; cada día más admirado su talento y más mimado de las demás mujeres, pues la coqueta es mudable y tornadiza, y para fijarla hay necesidad de evitar la monotonía de todas las acciones que puedan conmovierla o llamar su atención.

De todos modos, ¡desgraciado del que se enamora de una coqueta!

COQUETA

Un poeta salvadoreño, Raul Vides, ha dedicado a la coqueta las siguientes armoniosas e intencionadas estrofas:

LA COQUETA

Tiene dulce la voz... Y su mirada, en un inquieto anhelo adormecida, fluye en la sombra de la encrucijada donde el Amor se bate con la Vida...

En su mirada negra, apasionada, que al beso de pasión dulce convida, se quedó para siempre retratada la primera crueldad que fué homicida...

Fingiendo siempre estar enamorada --de engañoso candor su alma vestida-- suele a veces soñarse desposada.

Obtener del Amor la fe perdida,
¡y seguir, por su ruta señalada,
segando corazones en la Vida!...

CUPIDO

Dios del Amor, o más bien del deseo, distinto del Amor, con quien se le ha confundido a menudo. Las fábulas de los poetas han contribuido también por su parte a hacer más grande la confusión; están de acuerdo en señalar a Venus como madre del Amor, y por padre a Júpiter, Marte, Vulcano, etc. ¡Vaya usted a saber!

Sus templos eran comunes con los de Venus. Le representaban con los mismos atributos: un niño alado, ciego, desnudo, con los ojos vendados, arco y carcaj, y a veces coronado de rosas.

Niño y todo, da más guerra
que todos los niños juntos;
con tal niño ya no puede
reinar la paz en el mundo.

DECALOGO

He aquí el decálogo de las casadas:
Primero.—No seáis extravagantes. Del empleo cuidadoso y apropiado de la renta de vuestros maridos, depende la buena voluntad de ellos para esforzarse en el mantenimiento de vuestras casas. Nada es tan agradable para un hombre que la esperanza de adquirir la independencia que garantiza una cuenta bancaria.

Segundo.—Tened limpias vuestras casas. Nada es más dulce para los ojos de trabajador cansado y con los nervios excitados, que la vista de una casa bien arreglada.

Tercero.—No os volváis inatractivas. Una esposa desgredada, hace un marido truhán. "Mujer compuesta, quita el marido de otra puerta."

Cuarto.—No recibáis atenciones de otro hombre. Los esposos son, en ocasiones, celosos, y a veces sin causa. Las amistosas relaciones de otros pueden ser mal recibidas hasta en espíritu de inocencia.

Quinto.—No os opongáis al castigo justo de vuestros hijos por parte del padre.

Sexto.—No paséis mucho tiempo con vuestras madres. En tal caso, podríais pasar poco tiempo en vuestras casas para la administración de los asuntos domésticos.

Séptimo.—No aceptéis consejos de los vecinos acerca del manejo de vuestros asuntos. Es mejor que consultéis con vuestro esposo.

Octavo.—No habléis indiscretamente de vuestros esposos. Vuestra opinión acerca de ellos, emitida en un momento de desprecio o petulancia, puede ser tomada por los demás como la expresión de su carácter, que os conviene no sea vilipendiado.

Noveno.—Sonreíos. La sonrisa es antidoto contra los tóxicos efectos del mal humor. La consideración por los sentimientos de vuestros esposos hace que ellos tengan consideración por los vuestros.

Décimo.—Usad mucho tacto en todo. Sed femeninas. Los hombres no son, en suma, más que niños grandes. La femineidad les atrae y les subyuga; sentíos madres con ellos.

DECLARACIONES

Dos modos hay para decir a una mujer amada, de un modo claro e inteligible, el amor que por ella se experimenta: de palabra y por escrito.

A no ser que obstáculos insuperables se opongan a que la declaración de amor se haga de palabra, es en todos los casos preferible que se haga así, ya que la expresión del rostro, la emoción que se retrata en los ojos, el temblar de la voz, el ansia, la angustia y el deseo que aparecen en los labios brotan inflamados con las palabras, a las que presta elocuencia la pasión sentida, sirven mucho más para convencer que una fría declaración escrita, aun cuando al hacerla, se tenga el alma emocionada y se ponga al servicio del amor todas las galas del lenguaje y todos los tropos de la retórica.

Toda mujer que se siente amada, sabe perfectamente el culto de que es objeto, mucho antes que los labios de su amante hagan la formal declaración de un amor que en muchas ocasiones ha de ser compartido; pero, de todos mo-

dos, todas las mujeres desean el instante de la declaración definitiva, quizá para conocer mejor las cualidades y defectos del hombre que la hace; quizá para juzgar de su aptitud para las lides amorosas y para poder adivinar si la pasión que siente parece verdadera o lo es; ya que en ese instante supremo en que todas las fuerzas del hombre parezcan ponerse en tensión, es natural que en tal ocasión tenga su acento una elocuencia de que en otras ocasiones carece.

Las declaraciones por escrito deben emplearse cuando es imposible hacerlas de palabra, y según decía uno de los grandes maestros de la antigüedad, deben ser sencillas, claras, de modo que en ellas se transparente en lo posible la emoción sentida, la fortaleza del alma y, al propio tiempo, la sinceridad del afecto que se trata de exteriorizar.

Algunas veces se hacen las declaraciones de amor de una manera bien distinta de como quiere el clasicismo amoroso. Basta una palabra, un ademán, una mirada, un arranque, para dar a conocer a la mujer amada, de un modo evidente, la pasión que inspira y lo avasallador del afecto que ha sabido despertar con su hermosura.

Cuentan de Pedro I de Castilla, que se enamoró perdidamente de María de Padilla cuando era casi un niño, que se declaró en la siguiente forma: En una cacería de los montes de Toledo, a que asistía la Padilla, que era entonces considerada como la doncella más honesta y hermosa de España, advirtió Pedro I que los ojos de aquella se fijaban en un clavel silvestre que crecía en una hendidura de las rocas que formaban un precipicio insondable. Sin decir una palabra, saltó del caballo que montaba, y como si fuera a precipitarse al abismo, ante los ojos atónitos de sus cortesanos, con una ligereza increíble y agarrándose a unas matas salientes de boj, cogió la florecilla blanca, con pintas rojas, volvió a subir, teniéndola entre los labios, y después, inclinándose con gallardía ante la que debía ser su querida y hacer derramar tanta sangre castellana, se la ofreció sonriendo.

Los cortesanos comprendieron que desde aquel instante tenían una reina. Entendió la Padilla la muda declaración

del soberano, y desde aquel día una pasión inmensa abrasó los pechos de ambos jóvenes, precursora de los incendios que habían de abrasar ambas Castillas, y que al calor de esa pasión desordenada surgieron y se propagaron

DESPEDIDA

Con el pie en el estribo...
Va a salir pronto el tren.
Nos contempla curiosa
la gente del andén.

Su manita de seda
aun me da calor,
y sus ojos me dicen:
"¡No te vayas, amor!..."

Yo no sé qué decirle...
Su modo de mirar,
parece el de una niña
con ganas de llorar.

Yo también siento pena.
Este tren que se va,
muy lejos de mi novia
pronto me llevará.

La máquina trepida,
lanzando su estridor:
se escapa entre las ruedas
un chorro de vapor...

Los postreros adioses:
—Que escribas al llegar...
—No olvides el encargo...
—Recuerdos a Pilar...

Estrecho sus manitas
por última vez.
Cierro la portezuela
y da un tirón el tren.

Algo siento en el pecho,
que no me deja hablar...
Mi novia está muy pálida.
Yo debo estarlo más.

Su lindo pañolito
me envía su blanco;
con su lenguaje mudo,
me dice: "¡Adiós, adiós!..."

El tren, indiferente,
avanza sin temor...
De su mano de seda
ya no siento el calor...

JOSE BRISSA

(Continuará.)



VENGANZA!

por
Mario d'Andrea
(Francisco Arimón)

—Ha desaparecido. La opinión le es adversa, pues dicen que el no haberse presentado a declarar obedece a haberse convencido de que se había equivocado respecto a ti.

—¡Qué infamia! Antes que creer eso, juraría que esos canallas le han tendido un lazo. Necesito salir de aquí. Buscarla por todas partes, hasta dar con ella, viva o muerta.

—No creo que le haya pasado nada.

—Sí—exclamó Rafael, desesperado—. Por eso quiero que vayas a buscar a esos hombres. Diles que renunciaré a todo, con tal de que me la devuelvan. Que les perdonaré hasta estos ocho años de presidio que su maldad ha arrojado sobre mí; pero que si la hubiesen asesinado, consagraría mi vida a la más terrible venganza.

—¡Cálmate, amigo mío! Yo indagaré su paradero, y te prometó dar con ella. ¿Tú crees que se puede hacer desaparecer a la gente tan fácilmente?

—Sí. Ellos son capaces de todo.

Se despidió el abogado, y el preso volvió a su celda en un estado de exaltación indescriptible.

Poco después llegaba un vigilante para entregarle una carta.

La cogió con avidez, y exhalando un suspiro de satisfacción exclamó:

—¡Por fin!

Era letra de Leonor. Con pulso acelerado la abrió. Apenas leyó las primeras líneas, su rostro adquirió una mortal palidez.

Decía así:

“Rafael: Seguramente habrás extrañado mi ausencia esta mañana. Dispuesta a no seguirte engañando, te diré que si no he asistido al juicio ha sido por no verme obligada a declarar en contra tuya. Durante estos últimos días he pensado mucho sobre los acontecimientos pasados, y tengo que confesarte que he dudado de ti. Hoy, que pienso de esta manera, estoy arrepentida de haber lanzado terribles acusaciones contra personas que hasta tu llegada habían gozado de mi aprecio.”

Rafael se llevó las manos a la cabeza, con desesperación.

—¡Ella también!—murmuró.

Parece que el dolor humano tiene sus límites; que al llegar a cierto grado el sentimiento se paraliza en el corazón.

Rafael no lanzó una queja, ni una frase de asombro, ni una lágrima. Su mirada quedó fija en el trozo de cielo que se veía a través de la reja de su celda, como atontado por la rudeza del golpe.

Así estuvo largo rato, hasta que de pronto se llevó ambas manos al rostro y empezó a llorar, para desahogar tanto dolor como en aquellos momentos había en su alma.

Cuando ya las primeras sombras de la noche llenaron de tinieblas la celda, llegó un carcelero.

—Le espera el director, señor Urbina— dijo el empleado.

Siguió Rafael a aquel hombre, y halló al buen anciano en el comedor, quemando papeles en la chimenea.

—¿Qué le pasa, amigo Rafael?— preguntó el director, observando la intensa palidez del joven.

Le entregó Urbina la carta, que el funcionario leyó atentamente.

—¡Pobre amigo mío!— comentó al terminar—. ¡Parece increíble! ¿Está usted seguro que es de ella?

—Sí.

—Le compadezco, entonces... Será un dolor más que pasará por el mundo. Pero no importa... Ahora preocúpese sólo de salvarse... Todo lo tengo preparado para que pueda huir... Un traje de obrero, unas barbas admirablemente hechas, gafas verdes... No le conocerá nadie... También tengo unos ahorrillos... Poca cosa; pero así tendrá para los primeros gastos.

—No sé si debo aceptar...

—Sí... Cenará usted conmigo, y después podrá salir libremente a la calle. Usted es joven, tiene talento... Podrá rehacer su vida. Otra cosa sería si tuviese mi edad. Entonces, créame, lo que más le convenía era seguir mi ejemplo.

—Tal vez lleve razón.

—Siendo tan joven, no... Usted puede casarse, hacer una familia y gozar una vida de amor.

Se acercó a una mesa y cogió de ella un par de hachas, de las cuales entregó una a Rafael.

—Ayúdeme— dijo.

—¿A qué?— preguntó Rafael, sorprendido.

—Quiero romper ese piano.

—¿El de ella?

—Sí. La huella de sus dedos ha de estar aun en las teclas, y no quiero que nadie vuelva a tocarlo.

—Es verdad.

En silencio, como si efectuasen un rito religioso, comenzaron la destrucción de aquel instrumento, donde la niña había tocado tantas veces.

En los ojos del anciano se reflejaba toda la pena que había en su atribulado corazón.

Cada golpe del hacha lo sentía él vi-

brar con horrísono estruendo en la angustia inmensa que le devoraba.

Después, como si quisiese destruir todo vestigio de aquello, fué echando los trozos en la chimenea encendida para que el fuego los devorase.

Rafael contemplaba atónito aquel espectáculo. Aquello representaba un testamento, en el que podía leerse toda la elocuencia del dolor.

Cuando ya las llamas lo hubieron consumido todo, el director miró tristemente al preso.

—¿Ha comprendido ahora cuán firme es mi decisión?— preguntó.

Asintió, con pena, Rafael. En su fuero interno comprendía que serían inútiles cuantos esfuerzos hiciese para disuadir al anciano de aquel propósito.

El director pulsó un timbre para llamar a un ordenanza. Cuando éste llegó, la voz del anciano tenía acentos de terrible energía.

—Este hombre— dijo, indicando al preso— queda aquí bajo mi custodia. Ha hecho por mi hija tanto, que de este modo le pago un poco de todo cuanto le debo... Ahora, tráiganos la cena.

Les sirvió el ordenanza una suculenta comida.

—Le extraña esta cena, ¿verdad?— preguntó el anciano a Rafael—. Es la de despedida. Usted, porque va a gozar de nuevo de la libertad; yo, porque emprendo un viaje a tierras desconocidas, en busca de los míos.

Se levantó con una copa en la mano para brindar.

—Por la libertad— dijo.

—Director— suplicó el joven—. Desista de ese propósito. En mí tendrá usted un hijo, un amigo...

—No..., no. Continúe su camino, que no es el de la cárcel, porque yo estoy dispuesto a recorrer el mío.

Continuaron hablando. Cuando el reloj dió las doce, el anciano penetró en la habitación inmediata para reaparecer en seguida con algunas ropas.

—Tome; póngaselas— indicó.

Poco después, Rafael Urbina estaba desconocido. Vestía con una blusa de obrero, y su rostro, antes limpio, aparecía cubierto con una magnífica barba.

—Ni el mejor policía podría reconocerle— aseguró el anciano—. Es usted otro.

Se dirigió a la mesa y tomó de ella un papel.

—Aquí tiene un pasaporte—le dijo—. Está extendido a nombre de Ramón Jiménez Ruiz, natural de Madrid. Con este documento no le pondrán obstáculo en la frontera, que debe usted pasarla en seguida, puesto que yo ocultaré su fuga durante tres días. Así, cuando noten la evasión, ya podrá usted estar muy lejos. Ahora tome este dinero. Es poco, pero lo necesario para que pueda hacer todo eso.

Se abrazaron. Rafael no se atrevía a abandonar al desdichado. Nuevamente volvió a insistirle para que abandonara su propósito; pero obtuvo del anciano la misma negativa.

—Sígame—le indicó el director—. Saliremos juntos para que no le pongan obstáculo alguno en la puerta.

Salieron. La noche era templada y muy oscura, y las calles estaban silenciosas y solitarias.

—¿Dónde vamos?—preguntó Rafael.

—A casa de Leonor—respondió el anciano—. Es decir, iré yo solo. Usted me esperará en un bar cercano, y según las noticias que podamos obtener, así obraremos. ¿Le parece?

—Conforme. Su criada podrá informarle.

Se detuvieron ante un bar, y Rafael Urbina penetró en él. Silenciosamente consumió varias cervezas, hasta que vio regresar a su amigo.

Ya en la calle le preguntó, impaciente:

—¿La ha visto?

—No... Su novia ha desaparecido de Segovia.

—Pero..., ¿y la criada?

—Hablé con ella.

—¿Y no sabe...?

—Nada, Rafael. Dice que desapareció ayer noche, que ha dado parte a la policía y que hasta la fecha no ha aparecido.

—¡Esto es horrible!—exclamó el joven, con desesperación.

—No. ¿Por qué? Después de la carta que ha recibido de ella, no debe preocuparse de esa criatura. A las cuatro sale un tren para el Norte. Métase en él y cruce la frontera para, en América u otro sitio, rehacer su vida.

Hasta las pestañas del joven llegó una lágrima.

—¡Oh! Y Rafael Urbina ha muerto para siempre.

—Sí. Pero eso no importa... El caso es vivir.

—¿Y eso me lo dice usted!

—Sí. Estoy convencido de que ni siquiera el nombre es nada, junto a la libertad. Adiós, hijo mío. No te detengas... ¡Huye!

Se alejó de él rápidamente, como si huyese del dolor que para sí significaba prolongar por más tiempo aquella despedida.

Capítulo LIII

FRENTE AL PASADO

En toda la vida había sentido Rafael una sensación de soledad tan grande, como la que experimentó al encontrarse solo.

—¿Dónde iré?—se preguntó—. Nadie me espera; ningunos brazos abiertos aguardan con ansia mi liberación.

Echó a andar calle abajo, sin preocuparse del sitio a que lo llevaba aquel rumbo. Sólo le preocupaba abandonar aquella ciudad, huir del sitio donde tanto dolor había experimentado.

No tardó en salir al campo. Anduvo completamente perdido. En la obscuridad profunda de la noche, las lucecillas lejanas de los caseríos semejaban estrellas.

El viento, al pasar entre los árboles, producía gemidos. Trató de orientarse, y una exclamación de asombro llegó hasta sus labios.

El azar lo había conducido frente a la finca de su abuelo, por el mismo lugar en que escaló la tapia la memorable noche que precedió a su prisión. Su primer pensamiento fue escalarla de nuevo. El presentimiento de que Leonor pudiese estar escondida en aquella casa le decidió.

Para llevarlo a cabo buscó un sitio propicio. No veía absolutamente nada, y le era difícil avanzar entre los árboles.

Allí, frente a aquellos lugares que tantos recuerdos tenían para él, su memoria despertó ágil. Le pareció volver a aquellos momentos en que, oculto tras

mos macizos del jardín, vió a su abuelo cavar al pie de un árbol.

Siguió andando, y al llegar a un estanque se detuvo, como petrificado.

—Aquí fué—dijo.

Fué a colocarse en la gruta. Su memoria le recordó que detrás del arbusto, al pie de un alto pino, fué donde viera al anciano cavar. Se aproximó. La hierba crecía por igual, sin marcar el sitio de la excavación.

Una opresión de angustia atenazó su garganta, ante el temor de que aquel

fué dejado al descubierto el arca de hierro que su abuelo enterró allí quince años antes.

La sacó con una emoción indescriptible. Estaba cerrada. El pensamiento de cómo podría abrirla, lo abismó un momento; pero al instante pensó en Leonor. Ante todo temía que hacer las averiguaciones precisas respecto a su paradero.

Corrió hacia la casa con la caja debajo del brazo. Allí cerca estaba el cobertizo donde se guardaban herramien-



recuerdo suyo fuese tan sólo un sueño más. Miró en derredor en demanda de una herramienta. Nada vieron sus ojos.

Anduvo desalentado. Ya desesperaba de encontrar aquello que le era tan necesario, cuando su mirada descubrió un palo abandonado sobre el césped.

Lo cogió y comenzó a cavar con él al pie del árbol. Hundía el palo con todas sus fuerzas en la tierra, humedecida aún por las recientes lluvias.

De repente, el palo chocó con un objeto duro. Al cabo de diez minutos ha-

tas y trastos viejos. Se encaminó a él, y allí, a la luz de una cerilla, vió varios azadones y picos en un rincón. Se apoderó de un pico, y con él en la mano dió vuelta a la casa, para penetrar por una puertecilla débil que había en el jardín.

Dos golpes le bastaron para que la puerta cayera derribada y la entrada de la casa franca.

¡Al fin estaba en el sitio donde los mejores años de su vida habían pasado!

La luz de una cerilla le permitió ver

que se hallaba en un lavadero y que estaba próxima a la cocina.

Dió luz y así pudo encontrar unos gruesos clavos, con los cuales forzó la caja. Al abrirla, vió que había en ella varios fajos de billetes por valor de una cantidad respetable, onzas de oro e infinidad de alhajas, además de títulos del Estado.

Guardó en sus bolsillos las alhajas que le parecieron más valiosas, y también varios fajos de billetes. Ya con ellos en el bolsillo, empezó a recorrer las habitaciones de la casa. Cada una de ellas evocaba un pasaje de su vida anterior.

Le parecía empezar a vivir de nuevo, que todo su pasado, tan reciente, era sólo un sueño inquietante.

Pero pronto se sobrepuso a aquella emoción. Ante todo tenía que encontrar a Leonor. Reconoció el edificio hasta en sus más ocultos rincones, no con el sigilo de un ladrón, que teme que le sorprendan, sino pisando fuerte, con un desafío total del peligro.

Pero de improviso sintió flaquear su fortaleza.

—¿Para qué la busco?—murmuró—. ¿Después de aquella carta qué puedo esperar? La letra era suya.

Aquella reflexión pareció pesar mucho en su ánimo.

—Debes huir, Rafael—se dijo a sí mismo—. Aquí estás expuesto a que te vean y te reconozcan, en cuyo caso habrás perdido la libertad nuevamente.

Abandonó la casa, y dirigiéndose al pie del árbol volvió a enterrar la caja, teniendo cuidado de apisonar bien la tierra para que nadie pudiese notar la operación que acababa de hacer, para evitar que aquello dejase de constituir para él una prueba irrefutable.

A lo lejos empezaba a azular el cielo. Se disponía a saltar la tapia de nuevo llevándose su tesoro, cuando le pareció oír un ruido.

Se ocultó en una espesura. Ya era tiempo. Del fondo del jardín surgió la figura de un hombre que, fumando, empezó a pasearse por la avenida.

Esperó a que se le aproximase para reconocerle. Cuando esto hubo sucedido, Rafael pudo comprobar que no conocía a aquel hombre. Se trataba de un ser, casi deforme, que andaba con las piernas torcidas.

Vió que al fin se acercaba a él, y cuando lo tuvo bien cerca saltó a su cuello, con un salto de tigre.

El monstruo, con una ligereza que no se podía sospechar en él, salvó aquel abrazo y se escabulló, echando a correr hacia el interior de la casa.

Lo siguió Rafael sin poderle dar alcance. Vió cómo penetraba en la puerta; pero antes de que pudiese cerrarla, lo impidió con su cuerpo.

Forcejearon ambos, cedió la puerta y Rafael vió huir al monstruo y penetrar en el cuarto trágico, cuya puerta logró cerrar.

El joven tardó un momento en forzarla y penetró en la estancia oscura. Sabía que sólo tenía una entrada.

Para que no pudiese salir aquel hombre, volvió a cerrarla, echándole el cerrojo.

Encendió una cerilla, luego la luz y buscó por todos los rincones. ¡No había nadie!

Capítulo LIV

ENTEREZA DE MUJER

Leonor perdió la noción del tiempo en la soledad de su encierro. ¿Qué suerte sería la suya?

Le parecía inconcebible que la maldad humana llegase hasta el límite de condenarla a un encierro perpetuo. Pero por otra parte consideraba imposible que la pusieran en libertad. Dueña de sus acciones, podría denunciar a sus raptos. Así es, que no tiene nada de extraño que temiese por su vida.

Morir en plena juventud, cuando todavía no había podido perder la esperanza de que la vida dejase de mostrarse despiadada con ella, era algo que colmaba sus temores.

Abismada en estos tétricos pensamientos estaba, cuando oyó un pequeño ruido y vió que la figura horrible del "Rana" se le acercaba.

—¿Qué hay, mocita?—le preguntó éste con sorna—. ¿Estás ya más tranquila?

Leonor hizo un terrible esfuerzo para contestar.

—Sí. Ya estoy mejor. ¿Cuándo me va a sacar de aquí?

La horrible sonrisa del monstruo dilató un momento sus facciones.

—¡Calma! ¡Calma, mujer! ¿Tú crees que de aquí se sale tan fácilmente?— contestó.

—¿Pues qué es lo que quiere de mí... usted o sus amos?

—¿Amos? ¡No digas tonterías, mujer! ¿Tú crees que un hombre como yo puede tener quien le mande?

—Pues entonces, dígame qué es lo que quiere de mí. Porque yo supongo que no me habrá secuestrado por gusto.

—¡Para que veas lo que son las cosas! Por gusto y nada más que por gusto es por lo que te he traído aquí. ¿Crees que el vivir tan solo como yo vivo no llega a cansar? Yo odio a la gente, y por lo que se ve, la gente me odia a mí. Apenas salgo a la calle, inmediatamente me meten en la sombra. Por eso he tenido necesidad de buscar este refugio, en el que no se está mal. ¡Tú misma has de verlo! Al año de estar aquí, cuando ya te hayas olvidado de bailes y reuniones, te sentirás aquí como en tu propia casa. En la vida, pimpollo, todo es cuestión de costumbre.

Disimuló Leonor su espanto todo cuanto le fué posible.

—¡Déjese de bromas! — protestó—. ¿Cuánto quiere por mi libertad?

—¿Dinero? ¡Pero, mujer! ¿Tú crees que hay oro bastante para conseguir el que yo suelte a una mujercita como tú? ¡Si era lo único que me hacía falta en esta covacha!

—Pero..., ¿qué es lo que pretende usted?—exclamó aterrada la joven.

—Torpe eres si no lo comprendes... Estás en mi poder, del cual no puede librarte nadie... ¿No lo has comprendido aún? A ti, lo que te conviene, es ser dócil... ¿Me entiendes?

—No... Ni quiero entenderle—contestó Leonor, ya repuesta de su terror—. Alguien que me quiere dará conmigo, y ya le pedirá cuentas. ¿Por dónde se sale de aquí?

—¡Por dónde ha de ser! ¡Por la puerta! Pero no te creas que es tan fácil encontrarla. Te desafío a ello.

Sin contestar, la joven salió de la galería grande y se dirigió a la pequeña. Con mirada ansiosa escrutó todos los rincones de aquella estancia, sin encontrar rastro alguno de aquella puerta. Di-

visó unas escaleras y se precipitó por ellas, tropezando con un techo cuando llegó a su parte superior.

Desde allí oyó la risa sarcástica del "Rana". Con enorme decisión, impropia de su débil naturaleza, se lanzó escaleras abajo, empuñando la pistola que había llevado escondida.

—¡Levante las manos!—intimó al monstruo, mientras que le ponía el arma ante los ojos.

Retrocedió el "Rana", sorprendido y un tanto asustado.

—¡Caray!—exclamó.

—¡Lléveme a la puerta! — ordenóle Leonor.

—¿Y si no quiero?

—Peor para usted, porque estoy firmemente dispuesta a matarlo... Así es, que indíqueme pronto la salida.

No se movió el "Rana".

—Puedes disparar cuando quieras. Con ello, te aseguro que no conseguirías nada, puesto que si yo muriera, morirías tú también. Por mucho que te esfuerces, no conseguirás encontrar la salida, y el hambre se encargará de dar fin de ti.

—¡La puerta!—insistió la joven.

—Búscala tú.

—La puerta—volvió ella a insistir.

—No quiero. Te aseguro que si la encuentras, te dejaré libre sin que tengas necesidad de disparar sobre nadie.

—Guíeme usted.

—¡No, mujer! Prefiero morir a perderte.

Leonor apretó el gatillo. El ruido de la detonación se mezcló con el grito agudo que lanzó aquel hombre. Una mancha de sangre apareció en el hombro izquierdo del bandido.

Intentó huir, pero la joven se colocó frente a él, apuntándole con el arma.

—¡La salida!—requirió imperiosa—. La salida o disparo sobre usted los cinco tiros que aun me quedan en la pistola.

Comprendió el "Rana" que la cosa iba en serio, que la joven estaba decidida a matarle y decidió, por tanto, variar de conducta.

—No dispare más—dijo—. La sacaré de aquí; pero no ahora. Sería demasiado compromiso para mí.

—¿Cuándo, entonces?

—En el momento en que la noche haya caído completamente.

—¡Ay de ti si me engañas!
—No; se lo prometo. Yo la pondré en libertad a cambio de la promesa de que no me delate.

—Bien; acepto.

—Deme su palabra.

—La tienes.

—Bien. Dentro de una hora, usted habrá salido de aquí y podrá ir adonde se le antoje. Pero le advierto que si me denuncia, ni usted ni su novio vivirán veinticuatro horas.

—No me asustan las amenazas—respondió Leonor con una calma terrible—. Ahora lo que tiene que hacer es decirme qué sitio es este. ¿A quién pertenece? Le advierto que le conviene ser franco conmigo.

—Lo que usted quiere es bien fácil de contestar. Todo lo que hay aquí es mío, absolutamente mío.

—¡Mentira!

—¿No lo cree?

—No. Tú eres cómplice de Fernando y Arturo.

En el rostro del "Rana" se pintó una viva expresión de asombro.

—¿Arturo? ¿Fernando? —exclamó—. ¿Quénes son esos hombres?

Para disimular mejor, se llevó la mano al hombro herido.

—Caray, cómo duele! ¿Quién podrá curarme ahora esto?—preguntó.

—Fernando es médico.

—Le aseguro que no conozco a ese hombre.

—No puedo creerle. ¿Qué interés podía usted tener en secuestrarme aquí?

—Pero, ¿no se lo he dicho? Necesitaba tener aquí conmigo una mujer, y usted fué la primera que se me puso a mano.

—Bueno. Sea por lo que sea—repuso Leonor decidiéndose—no estoy dispuesta a permanecer aquí más tiempo. Indíqueme la puerta.

—Bien. Saigamos cuando usted quiera—contestó el "Rana" después de mirar el reloj—. Pero aun me queda una condición que imponer.

—¿Cuál?

—Que se ha de dejar vendar los ojos.

—¿Yo?

—Naturalmente. ¿Quiere que yo quede aquí vendido?

—Le he dado mi palabra.

—No vale en este caso. Ha de acceder

a que le vende los ojos, cuando lleguemos a la puerta.

—¿Y si no estoy conforme?

—Moriremos aquí los dos.

Habia tal firmeza en las palabras de aquel hombre, que la joven, temerosa de matarle y de morir allí de una muerte horrible, decidió jugarse el todo por el todo.

—Está bien—accedió—. Pero ha de vendarme en la puerta, y no le permitiré que se separe un momento de mí.



Al menor movimiento sospechoso que observe en usted haré fuego.

—Bueno.

Encendió una linterna, y abriendo una puerta disimulada penetró por ella.

—Sígame—dijo.

Levantó la trampa que tapaba el pozo y empezó a descender por una escalera de cuerda.

Lo siguió Leonor, tomando toda clase de precauciones. El "Rana" iba siempre delante, hasta que se detuvo frente

a una puerta que había al final de una galería.

—Tengo que vendarla—exclamó.

Le dejó hacer la joven, y así que estuvo vendada, se agarró a la chaqueta que vestía el monstruo.

—Salgamos — oyó decir—. Ya está franca la puerta, y ahora debe subir dos escalones.

Leonor sintió bajo sus pies un piso liso y seco, y con un rápido movimiento se arrancó el pañuelo que cubría sus ojos.

—¿Dónde estamos?—preguntó al ver que la rodeaba una densa obscuridad.

—En el campo.

Siguieron andando. De repente, Leonor sintió que la tierra faltaba bajo sus pies. Un grito agudo escapó de sus labios al sentir sobre sí el peso del "Rana", que había caído sobre ella.

—¡Socorro! ¡Socorro!—gritó.

Luchó desesperadamente. Pero ya sus fuerzas iban decayendo rápidamente, ya veía próximo el momento en que iba a tener que entregarse, cuando su enemigo rodó por tierra.

Una sombra amenazadora se alzó ante el "Rana", que profirió un grito ahogado. Antes de que tuviese tiempo para reponerse de su asombro, ya estaba de nuevo su enemigo sobre él. Lucharon en silencio, sin que se oyese otra cosa que el jadear de sus respiraciones. Al fin, uno de aquellos dos hombres se levantó y echó a correr velozmente, mientras el otro permanecía tendido en tierra.

Leonor se acercó al caído, con precaución. Ignoraba si se trataba de su salvador o del "Rana".

Una voz que no le era desconocida le infundió aliento.

—Acérquese, no tema—oyó decir.

Comprobó con alegría que el vencido no era el monstruo.

—¿Está usted herido?—le preguntó.

—Creo que no—repuso aquel salvador providencial—. Pero, dígame: ¿Qué ha pasado? ¿Qué hacía aquí con ese hombre?

—Me han tenido secuestrada.

De los labios de aquel hombre escapó entonces un grito de asombro.

—¡Leonor!

—¡Fernando!—exclamó ella.

En medio del temor que la embar-

gaba, la joven se sintió llena de una inmensa perplejidad. Aquella casualidad, que venía a librarla de las garras del "Rana", echaba por tierra todas las presunciones que había hecho durante su cautiverio.

Fernando, aquel hombre a quien consideraba como un enemigo, acababa de salvarle la vida. ¿Serían ajenos a aquel secuestro Arturito y él?

—¿No quieres decirme qué es lo que te ha ocurrido?—insistió Fernando, que había observado el silencio que guardaba su víctima.

Punto por punto relató Leonor todo cuanto le había acontecido desde que recibió aquella carta.

—Pues hija mía—exclamó el malvado cuando ya ella hubo terminado de contar su odisea—. Puedes darle gracias a la casualidad que me ha hecho dar esta noche un paseo por estos sitios... Como verás, no sé guardar rencor a quien tanto mal ha pretendido hacerme.

—Hablemos de otra cosa, Fernando.

—No, Leonor. Quiero que te arrepientas de todas las desgracias que tu ceguera por ese hombre ha ocasionado. ¿Sabes que ha sido condenado a presidio?

Le pareció a la joven que acababan de clavarle un puñal agudísimo en el corazón.

—¡Condenado!—exclamó, sollozando.

—Era de esperar. Quedó completamente demostrado en la vista de la causa que era falsificador desde hace mucho tiempo...

—No es verdad, no—protestó ella—. Usted lo sabe mejor que nadie.

—¿Todavía insistes? ¡Vaya mujer!

—¡Pobre Rafael!

—¿Aún crees en él?

—Siempre.

—Pues haces mal. Tu obcecación ha traído a todos la desgracia. Yo no debería aconsejarte ni ocuparme ya más de ti; pero te he querido a ti y a los tuyos, y no soy capaz de abandonarte. —Haga lo que quiera.

—Te advierto que Arturito anda buscándote.

—¿Para qué?

—A pesar de todo, te quiere.

Guardó la joven silencio, para ordenar mejor sus pensamientos. A lo le-

jos, las luces de una calle, rompieron las tinieblas.

—¿Dónde estamos?—preguntó.

La miró extrañado Fernando.

—¿No reconoces este sitio?—le interrogó.

Sólo entonces pudo fijarse Leonor en cuanto le rodeaba.

—¿En mi calle!

—Exacto...

Sin acertar a despedirse, la joven emprendió hacia su casa una loca carrera.

Capítulo LV

¡PERDIDO!

La alegría que Rosa experimentó cuando vio a través del ventanillo de la puerta el rostro de su ama, no es para descrita.

—¡Hija mía!—exclamó, echándole los brazos al cuello, para abrazarla con todas sus fuerzas—. ¿Qué ha sido de ti?

Leonor no acertaba a pronunciar palabra alguna.

Las palabras de Fernando parecían sonar aún en sus oídos. Vagamente, como pudo, explicó a su criada todo cuanto le había ocurrido.

—¿Y desde que te encerraron no has tomado alimento?—preguntó Rosa, haciéndose cruces.

—Sí... He tomado alguna cosa. Pero poco. Tenía fiebre. Ahora es cuando me caigo de debilidad.

—¡Claro! Pues en seguida te haré un caldo. ¿Quieres?

—Sí, mujer.

—¡Ah, se me olvidaba! El chico te trajo ayer una carta de él.

—¿Dónde está?—exclamó Leonor, poniéndose en pie, como impulsada por un resorte.

—Aquí la tengo guardada—repuso la criada abriendo un cajón y sacando de él la carta.

—¡Es su letra!—dijo la joven con alegría—. ¿La ha traído el muchacho de siempre?

—Sí.

El corazón de Leonor tembló de júbilo, como una anticipación de lo que el amado pudiese decirle. Con la impa-

ciencia natural rasgó el sobre y sacó la carta.

Una sensación de tristeza le oprimió el corazón, al leer las primeras líneas.

Decía así:

"Leonor: Nuestra felicidad, aquella dicha en la que tú y yo cifrábamos nuestra vida, acaba de sufrir un golpe tremendo. La justicia de los hombres acaba de condenarme a ocho años de prisión, y este es el abismo que ahora nos separa definitivamente.

¡Perdóname, Leonor! Durante mucho tiempo te he tenido engañada, queriendo hacerte ver que la acusación que pesaba sobre mí había tenido como base una intriga. No ha sido así. Merezco la pena que me han impuesto y quiero cumplirla para pagar mi deuda con la sociedad.

Sé que esto que te digo ha de causar en ti un dolor profundo. Pero por si algún consuelo te proporciona, te diré que el habértelo ocultado hasta ahora ha sido únicamente por no perder ese amor tuyo que era y es toda mi vida.

Solo siempre, sin una mano amiga que se constituyese en una guía de mis actos, no supe nunca lo que era el bien hasta que aprendí a conocerlo en tu alma. Cuando te conocí, no pude reprimir el deseo de hacerte mi esposa. ¡Qué osadía! ¿Verdad? La imaginación, el deseo de poder aspirar a ti, me indujeron a mentir, a fingir la emoción que tanto te impresionó. ¡Todo era falso; todo! La verdad, la única verdad, es que soy un miserable, un desdichado, que teniendo consciencia de su indignidad, quiso por amor hacia ti; por amor puro, sincero, enorme, aparentar ser algo digno de tu amor.

¡Todo se ha perdido!

Cuando recobre la libertad, viviré como un hombre honrado y haré todo el bien que me sea posible. En cuanto a ti, sigue tu camino, que es bien diferente del mío. Sé feliz, Leonor, y haz la felicidad de un hombre que sea digno de ti y que sepa apreciar el tesoro de tu corazón.

Perdón. Esta vez, adorada mía, mi despedida es para siempre.

Rafael."

(Continuará.)

Magnífica colección de 40 cuadernos, que constituyen otros tantos episodios de las extraordinarias aventuras de un grupo de exploradores franceses que dan la vuelta al mundo en reñida competencia con otro grupo de exploradores ingleses. " "

El As de los Boy-Scouts

Por Jean de la Hire

He aquí los sugestivos títulos de los episodios.

1. El correo aéreo.—2. El auto sitiado.—3. El deporte diabólico.—4. La clave del misterio.—5. La reina de los «tuareg».—6. Las fieras del lago Chad.—7. Los últimos antropófagos.—8. Un radiograma extraño.—9. El drama etiópico.—10. Regatas interesantes.—11. El misterio del Titán.—12. La aventura india.—13. El rubí viviente.—14. Los piratas chinos.—15. El tesoro de los mogoles.—16. La lucha por la vida.—17. El terrible Ojo de Lince.—18. En el país de los osos.—19. La ciudad misteriosa.

20. El navío maldito.—21. Los robinsones polares.—22. Los rivales de Amundsen.—23. El abrazo polar.—24. En el fondo del mar.—25. El duelo supremo.—26. La inmensa tragedia.—27. La venganza de los thugs.—28. La banda de los proscritos.—29. El saco maldito.—30. La choza aérea.—31. Hermoso desquite.—32. La corriente interoceánica.—33. El ataque de los patagones.—34. Los cautivos.—35. El fantasma y el solitario.—36. Los delfines del Orinoco.—37. Los revolucionarios mejicanos.—38. Las caperuzas grises.—39. La reanudación de un «match».—40. Bajo el Arco del Triunfo.

**LECTURA INSTRUCTIVA Y AMENA
PARA LA JUVENTUD. " " " "**

Por episodios sueltos: 30 céntimos ejemplar. —:— Colección, 10 pesetas

Pedidos a Editorial Guerri, colectivizada. — Valencia